

sonetos, todos sin personalidad, de suerte que, leyendo uno, se les ha leído todos; pero ¿cuántos han hallado eco en el corazón de la nación? Sin embargo, estos imitadores fueron imitados por los Españoles y por Milton (1). No faltó quien reprobese y ridiculizase sus composiciones, como Muzio y Lasca; el Veneciano Antonio Broccardo atacaba sin descanso á Bembo; Nicolas Franco imputaba á Petrarca las miserias de sus sectarios; Hortensio Landi decía que lo mejor de los libros de estos eran las hojas en blanco; Doni se burlaba de los cabellos de oro, del seno de marfil, de la garganta de alabastro, frases tan manoseadas por las poetas. No iba en todo descaminado; pues, sea dicho con perdon de los maestros, si se encendiese una fogata con todas las poesías líricas italianas del siglo XVI, la literatura nada perdería, al paso que la gloria del país ganaría mucho en ello.

Si queremos, no obstante, entresacar á los mejores, harémos mención de Francisco María Molza de Módena, el cual cantó sus variados amorcillos, que le aflijeron á menudo, y por último le consumieron de sífilis. Los doctos aspiraron á llamarse amigos suyos; fué bueno en muchos géneros de literatura, aunque grande en ninguno: decía que la perfección del arte era imitar bien. Casa dió al soneto la fuerza de que carecían los de Bembo, y al verso el truncamiento que aumenta su variedad y majestad. Bernardino Rota cantó en sonetos á su esposa, ántes de casarse y despues de haber muerto. Francisco Beccuti, llamado Capeta, evitó las durezas comunes á los demás. Ángel de Costanzo hacia de los sonetos sílogismos, y se defendía de este modo, obteniendo por ello alabanza. En un siglo tan fecundo aun para las artes, el sentimiento poético se habia disipado ya, ó se reconcentraba en unas cuantas almas. Llama á su dama *dulce mal*; pero no quiere acercarse á ella por miedo de que la fuerza de su ojos le cure. Suplica á la pluma que esparza en torno su dolor, al cual sirvan de urna y de sepulcro las paredes domésticas... « Si hubiese escrito ménos de amor, apareceria mas verdaderamente poeta. El ingenio es abatido á menudo por el temor, y raras veces se ha visto al ingenio que ennoblezca un temor indigno. » (TOMMASEO.) Los sonetos de Balbi sobre las ruinas de Roma están, digámoslo así, mas nutridos. Monseñor Juan Guidiccioni de Luca, empleado en la corte de Roma y en embajadas, hizo oír alguno de aquellos sonidos á que responde la simpatía nacional. Entre las mejores y últimas producciones de aquel tiempo men-

(1) La tentativa de Gabriel Rosetti para mostrar que, bajo aquella imbecilidad amorosa, se encubría una secreta doctrina de oposición contra Roma y de regeneración moral y política, puede agradar por el asunto, elogiarse por la paciencia erudita; pero no convence. Véase *El misterio del amor platónico en la edad média, procedente de los misterios antiguos*. Londres 1846, y. sig., 5 tomos.

cionarémos la oda de Celio Magno acerca de la Divinidad.

¿Debia esperarse vigor en medio de aquel entusiasmo frío de enamorados que lloran continuamente la crueldad de las hermosas en un siglo tan corrompido? El estilo artificial se admira por las dificultades vencidas y por la armonía con que están expresados los pensamientos mas necios: en medio de la frivolidad característica domina un gusto sumamente correcto, y una medida igual de pensamientos; pero por lo mismo que les falta alma, se dedican al género descriptivo, que constituye la habilidad de los semipoetas, amenerados aun en esto. Se cultivaron de consiguiente los géneros de la decadencia griega, la poesía didáctica y la pastoril. Luis Alamanni y Jerónimo Rucellaj celebraron el cultivo de los campos y la cria de las abejas, mostrando amor á la naturaleza, apasionándose de los sencillos cuidados de los pastores y agricultores, como testimonios de un corazón bueno. La fastidiosa monotonía del primero (1), y el prosaismo soporífero del segundo (2) no impidió que se le presentase como modelo del verso suelto: tan grande era la facilidad con que el siglo adjudicaba palmas. Erasmo de Nalvasone, natural del Friul, escribió acerca de la *Caza*, y además la *Angeléida*, poema sobre la caída de los ángeles, de donde Milton tomó algunas cosas, y con especialidad la mala idea del cañon, usado en la guerra por los demonios. Bernardino Baldi de Urbino, que se dedicó al estudio de las lenguas y de las matemáticas (3), despues abad ordinario de Guastalla, cuya historia aprendió, hizo muchas traducciones del griego, y por pasatiempo escribió églogas piscatorias y el poema de la *Náutica*, difuso y á menudo prosáico.

Sannazaro (1458-1530) introdujo en Italia lo que estaba en uso ya en Portugal, á saber, la novela pastoril en prosa numerosa, mezclada

(1) Basta leer la primera docena de versos. Sin embargo, algunos dicen que « es tanta su gentileza y perfección que rivaliza con las Geórgicas. » Blasfemia absurda, si no fuera frase de pedante.

(2) Io già mi posi a far di questi insetti
Incision per molti membri loro,
Che chiama anatomia la lingua greca:
E parebbe impossibil, s'io narrassi
Alcuni lor membretti come stanno,
Che son quasi invisibili a' nostri occhi.

(Un día la incision de muchos miembros
De estos insectos á efectuar me puse,
Que es lo que en griego anatomia llaman:
Y si contase cómo están algunos,
Casi invisibles á la vista nuestra,
Imposible al lector pareciera).

Cito tambien estos versos porque son quizá la primera muestra de observaciones entomológicas. Por lo demás, sin importarle los descubrimientos modernos, adopta las preocupaciones antiguas sobre la generación.

(3) En la obra *Delle macchine semovienti* (De las máquinas semovientes) p. 8, habla de un tal Bartolomé Campi de Pésaro, que « se atrevió á ponerse á levantar del fondo del mar la desmesurada mole del galeon de Venecia; lo cual, aunque no le dió buen resultado, le mostró al público como juicioso inventor de una máquina, á propósito por su naturaleza para levantar grandes pesos. Es, pues, italiano el invento de que tanto se glorian hoy los Ingleses.

de versos; pero en aquella prosa hermafrodita emplea tambien latinismos extravagantes, que prodiga luego en los versos para obedecer á la ley de los esdrújulos que se habia impuesto. Estudió á Teócrito, el cual no habia estudiado la naturaleza, y se trasladó á un campo completamente ideal, entre pastores de ingenio culto y de sentimiento refinado, si bien algunas de sus pinturas están llenas de vida y se encuentran en él de vez en cuando afectos verdaderos. Además hizo dejar á las musas los montes é ir á habitar en las arenas, inventando las églogas piscatorias, aun mas artificiosas que las pastoriles, no obstante deber inspirarle las playas de la Mergellina las mas hermosas que dora el sol.

Á imitación de Orfeo se escribieron dramas pastoriles, que los puristas condenaron por considerarlos una innovación. Tales fueron el *Sacrificio* de Agustín Beccari, representado en Ferrara en 1554 á costa de algunos estudiantes, y el *Sfortunato* de Agustín Argenti, con música de Agustín Viola, que tiene hermosas escenas. Torcuato Tasso asistió á la representación, y excitado por los aplausos dados al poeta, compuso el *Aminta*, que salió á luz en 1573 y superó á todos. En esta obra las flores poéticas están demasiado prodigadas, y su elegancia uniforme, junto con el lenguaje igualmente pulido de todos los personajes, sin exceptuar al sátiro, modera en los amantes de la verdad la admiración que excita en los que buscan las bellezas de las formas.

En 1585 se recitó en Turin el *Pastor fido*. Guarini ignoraba el arte supremo de las obras dramáticas, que consiste en tener despierta la curiosidad; y por eso se le ve debilitar en seis mil versos la acción, que retardan diálogos lentos, vanas reflexiones y lugares comunes. No sabe tampoco enlazar las escenas; sin embargo, la frecuente animación, el conjunto de la fábula (tomada de la aventura de Coreso y Caliroe de Pausánias), la maestría del estilo, la pintura del amor que arranca lágrimas, le han valido general aplauso; lo cual no quita que sea injusto colocarlo al nivel del *Aminta*, pues á los mismos defectos, al mayor refinamiento de los pastores convertidos en palaciegos, á las argucias mas alambicadas, une la imitación evidente de Tasso, el cual decía que Guarini no hubiera puesto el punto tan alto si no hubiese leído su obra. En medio del prurito universal de escribir y de contar, un enjambre de poetas se dedicaron tambien á este género, y al fin del siglo XVII se contaban doscientos poemas pastoriles. Tenian ante sus ojos una naturaleza hermosa; podian examinar la vida pastoril, tan diferente desde las lecherías de los Alpes hasta los valles de Sonnino, desde las escuálidas llanuras de Sicilia, divididas por cercas de higueras chumbas, hasta las de Roma, en que se ven diseminadas pintorescas ruinas; pero no, era preciso ir á buscar la inspiración á la corte de

Tolomeo ó de Augusto, y tañer la zampoña de Teócrito ó de Virgilio (1).

Algunos poetas dirigieron una mirada de desden á las espléndidas miserias de aquel siglo, y abundan las sátiras, puestas ya en moda por los *Beoni* y por los cantos carnavalescos. Las del Ariosto merecerian mejor el nombre de epístolas: son chistes de un hombre ingenioso, que desea vivir bien, y se contenta con tranquilos goces; que no muestra cólera, sino impaciencia; siempre lleno de agudezas, á veces violento, pero sin acritud; principiando siempre por hablar de sí mismo, á la manera de Horacio, y pintándose como un epicúreo honrado. Alamanni, fogoso, despechado, declamador, como emigrado que era, desahogaba su bilis de proscrito, pasando sin consideración revista á los gobiernos de Europa. Con mas acierto escribe Bentivoglio, entre serio y burlon. Lasca celebra la locura, reprobando el fastidio propio de la reflexión.

Los satíricos atacan á menudo la vida espléndida de los clérigos y de los prelados, y la molición de los monjes. Juan Mauro alaba el agradable modo de ganar el paraíso, mano sobre mano, y refiere la historia de la mentira, que habiendo nacido en Grecia, pasó de allí á Sicilia, á Nápoles, y por último á Roma, donde continúa reinando, y es el medio mas fácil de llegar á los honores, despues de vender castañas en las calles. Francisco Molza elogia al excomulgado, porque ya no tiene intrigas con Roma.

Estos se chancean; pero Gabriel Simeon y Pedro Nelli adoptaron un tono terrible; Antonio Vinciguerra, poeta mediano, ataca los siete vicios capitales, ruina de la Italia, y á Roma, causa de la depravación de la Iglesia. Sorprenderá que dos géneros tan opuestos como el pastoril y la sátira se hayan cultivado con tanto ardor; pero mientras el primero decayó constantemente, la cólera mantuvo vivo al otro.

Sin embargo, el siglo mas que de satirizar manifestaba deseos de reír (2), y por lo mismo los ingenios se dedicaron en tropel á la poesía burlesca. Francisco Berni de Lamporecchio, que le dió nombre, no sabemos por qué estuvo al

(1) De una fábula escénica particular, obra de Aurelio Vergerio, dice Muzio en su *Arte poética* lo que sigue:

Con una sola fábula dos noches
Tuvo al espectador entretenido
Vergerio; se encerraban en diez actos
Allí de dos jornadas los sucesos;
Y al primer acto quinto, conmovidos
Los corazones, la atención despierta,
La diversion escénica acababa.
Arrebatado de placer el pueblo
Ansiaba ver en el segundo día
Encenderse las luces del teatro:
En torno los aplausos resonaban;
Y del fin deseosos los oyentes
Que levantasen el telon pedían.

(2) L. de Dionigi Anagni, al dedicar las *Lettere facete e piacevoli di diversi grandi nomini et chiari ingegni* (Venecia, 1563), dice: « Los estóicos y los catones son muy raros en nuestros días. Al contrario, si alguna edad amó jamas la risa, parece haber sido en verdad esta, ya porque el número de las molestias se ha aumentado, ya porque la naturaleza se ha hecho mas tierna, ó por cualquiera otra causa. »

servicio del cardenal Bibiena, que *no le hizo nunca bien ni mal*, y despues al del datario Ghiberti, que le envió *á dar finiquitos y ser veedor de una abadía*, hasta que se retiró á Florencia á un canonicato. Se pinta como una persona alegre con todos, cuya suprema felicidad consistía en no hacer nada (1), enamorado siempre, discretamente libertino; y sin embargo, se refiere que el duque Alejandro de Médicis le exigió que envenenase al cardenal Hipólito, y que la negativa le costó la vida (1536).

La pereza de Berni se advierte en sus composiciones, donde procede con la naturalidad que le daba su idioma nativo, mostrando una buena dosis de libertinaje y grosería, y cierto valor tímido; pero quien lo lee para reirse, no encuentra en él mas chistes que en otros muchos contemporáneos, pues su mérito consiste no tanto en las agudezas como en la expresion. Llevado de esta misma inercia, en vez de idear un poema nuevo, se dedicó á refundir el *Orlando enamorado* de Boyardo. La ingenuidad de este no agradaba ya; y así como las columnas se cubrían de caulicolos, así Berni sustituyó á la expresion propia la genérica; y sobrepuso á la independencia de una naturaleza rica y animada el decoro requerido por una sociedad mas refinada ó ménos espontánea; sin embargo, aunque no creó cosa alguna, hizo olvidar á su predecesor.

La division en capítulos fué la acostumbrada forma de los chistes de los bernescos; ¡ tiempo de reir en verdad! Pudiera nombrar no uno sino mil; mas bástame indicar á César Caporali, natural de Perusa, que escribió una vida de Mecénas, la cual sirvió despues de modelo á Passeroni.

Como si la lengua nativa no fuese suficiente para la expresion de la burla, inventaron la pedantesca y la macarrónica; la primera debida al Vicentino Camilo Scrofa: el Mantuano Teófilo Folengo compuso en este latin bastardo, no solo epigramas y églogas, sino tambien poemas enteros. El fondo de estas obras consiste en bufonadas inagotables, con mucho sentimiento de la armonía, y nada mas; pinta orgías y escenas groseras, donde sus héroes despliegan una voracidad épica. Rabelais le cita á menudo y le copia con mas frecuencia aun, pero dirigiéndose á algun objeto, bueno ó malo; lo que Folengo no habia hecho nunca.

Entretanto otros elevaban la poesía hasta la epopeya; pero en cuanto al verdadero poema épico, que resume en un personaje ó en una empresa el retrato de un pueblo, de una época, de una civilizacion, los tiempos estaban demasiado adelantados; y á ningun poeta, que yo

(1) Vivía alegremente y nunca estaba Pensativo ni triste... De memoria Y con risas sin fin, mas de una historia De orinales y angullas recitaba... Su bien supremo era Yacer horizontal en blando lecho, Libre de afanes y congoja el pecho.

sepa, se le ocurrió la idea elevada que ya se habia visto realizar á Dante. Tampoco se apasionaron de la belleza de Virgilio, hasta el punto de crear esos poemas donde todo el mérito consiste en la delicadeza de la forma y en la perfecta generalidad. Además, ¿hubiera sido conciliable con la frivolidad predominante elevarse á la nobleza de sentimientos del amor patrio, á la severidad de la religion, á la profundidad de la vida interna? Así, de los dos elementos de la epopeya, la tradicion y la imaginacion, los poetas italianos abandonaron el primero, y creyeron suplir su falta con la alegoría, como lo verificó Boyardo. Ariosto tuvo la cordura de renunciar tambien á esta, salvo en algunos episodios, como las aventuras de Roger con Alcina.

La poesía caballeresca no es indígena de Italia: nada poseemos original en este género, ni que corresponda á su época propia, y se cultivó tan solo cuando la política de las pequeñas cortes parecia mas distante que nunca de aquel espíritu y dedicada enteramente á lo positivo. El argumento de los poemas se sacaba, pues, de las novelas caballerescas, y añadiendo la adulacion, peste de aquel siglo, se traían las genealogías de los príncipes desde Troya ó desde los paladines de Carlo Magno. Pero ni uno, entre tantos, entendió la vida caballeresca; se detenan en la superficie, tomaban los nombres y poco mas, los actos extravagantes de bravura, y un maravilloso grosero. Agréguese que los primeros habian empezado á reirse de tales invenciones, y los otros mejores ejecutaron lo mismo, quedando frios y muertos los que quisieron tratarlos de una manera seria.

Luis Pulci, sin profesar culto á la mujer ni sentir el entusiasmo del valor, cantó las proezas, ó diré mejor, las inconexas valentías de héroes cuyo único mérito consistía en ser fuertes y tener corazon de dragones y miembros de gigantes, no pensando en excitar el interes ni cuidándose de la fe que mereciesen aquellas hazañas. Lefa sus cantos en la corte de los Médicis, á medida que los iba componiendo; lo cual induciria á esperar hubiese en ellos delicadeza de fantasía y de expresion; pero al contrario, solo dominan allí las sutilezas y la burla, á las cuales sacrifica el arte y el sentimiento. Á cada instante se pregunta el lector si Pulci habla mofándose ó seriamente; y al fin no acierta á comprender el objeto de tal incoherencia de invenciones, de tal delirio de fantasía, en que reduce á risa las empresas y el modo de cantarlas, saltando rápidamente de lo patético á lo burlesco, y conculcando el gusto y la decencia para formar un cúmulo disparatado de trivialidad y saber. Pone en boca de insípidos diablos disputas interminables acerca de lo que tienen de mas abstracto la teología y la filosofía; y de tal manera insulta las cosas mas sagradas, que movia á risa, cuando hubiera merecido severa indignacion. No pudiera resistirse su lectura á no ser por la sencillez de idioma que traía de la cuna, y que no maleó el estudio.

Boyardo,
1484-94.

De esta sencillez careció Mateo Boyardo, conde de Scandiano (1), que además de haber compuesto poesías líricas de pensamientos y giros peregrinos, escribió el *Orlando enamorado* en 89 cantos, que debían llegar á ciento. La fama que alcanzó esta obra se evidencia por las muchas refundiciones y continuaciones que se hicieron de ella hasta en su tiempo; y no se crea que la refundicion de Berni con su desden expresado elegantemente haya hecho olvidar el original, ni que este se hallase desprovisto de belleza, y en particular de fuerza (2). Boyardo escribe con orden, y es mucho mas inventivo que Ariosto, quien tomó de él sus mas hermosas fabulas, llevándolas á feliz cima y dándoles aquel atractivo del estilo, á que deben su inmortalidad las obras de imaginacion. Boyardo aplicó á las escenas y á los héroes de su poema los lugares de su feudo y los hombres ruidosos de sus aldeas; y así los Rodomontes y los Mandricardos fueron escritos indeleblemente al lado de los grandes hombres que padecieron en realidad ó hicieron padecer.

Luis Ariosto, natural de Reggio en Módena, vivió oscura y prosáicamente ocupado en empleos insignificantes, en embajadas de leve importancia, y entregado á las dulzuras de las cortes, donde quizá su ingenio perdió aquel vigor que puesto á prueba por las contradic-

Ariosto,
1474-
1533.

(1) Pretenden algunos que la crónica imperial de Riccobaldo, inserta por Muratori en la obra titulada *Her. II. Scrip. IX.*, es una ficcion de Boyardo.

(2) Algunas octavas no las rechazaria Ariosto.

Luce degli occhi miei, spirito del core,
Per cui cantar soleva sì dolcemente
Rime leggiadre e bei versi d'amore,
Spirami ajuto alla storia presente.
Tu sola al cantar mio facesti onore,
Quando di te parlai primieramente:
Perchè a qualunque che di te ragiona,
Amor la voce e l'intelletto dona.
Amor prima trovo le rime e i versi,
I suoni, i canti ed ogni melodia,
E genti estrane e popoli dispersi
Congiunse amore in dolce compagnia.
Il diletto e il piacer sarien sommersi
Dove amor non avesse signoria:
Odio crudele e dispietata guerra,
S'amor non fosse, avrian tutta la terra.

(Luz de mis ojos, espíritu del corazon, á quien solia cantar dulcemente graciosas rimas y versos amorosos, concédeme tu ayuda para narrar la presente historia. Tú sola honraste mi canto, cuando hablé de ti la vez primera; pues á todo el que se ocupa en tu elogio, da Amor la voz y el entendimiento.)

Amor halló las rimas y los versos, los sonidos, los cantos y toda clase de melodia, y unió en dulce compañía á personas extrañas y pueblos dispersos. El dilette y el piacer no existen donde Amor no domina; si no fuese el Amor, el cruel odio y la guerra desapiadada reinaria en toda la tierra.)

Y el preliminar del canto IV, lib. II;

Stella d'amor che il terzo ciel governi,
E tu, quinto splendor si rubicondo,
Che girando in due anni i cerehi eterni,
D'ogni pigrizia fai digiuno il mondo;
Venga da corpi vostri alti e superni
Grazia e virtude al mio cantar giocondo;
Sì che l'infusso vostro ora mi vaglia,
Poi ch'io canto d'amore e di battaglia.

(Estrella de amor, que gobiernas el tercer cielo; y tú, quinto esplendor rubicondo, que dando vuelta en dos años á los círculos eternos, destierras del mundo la pereza; enviad desde vuestros cuerpos altos y supremos gracia y vigor á mi alegre canto; de suerte que vuestro influjo me valga ahora que acabo de celebrar el amor y los combates.)

nes y la desgracia, le hubiera colocado en un punto donde careciera de rival. ¿Quién le iguala en rasgos atrevidos, en el arte de versificar, en abundancia de frases, en claridad de imágenes, en tersura continua de estilo, y al mismo tiempo en la manera ingeniosa de ver las cosas por el lado agradable? Si hubiese dirigido á un objeto noble su práctica del arte, su conocimiento profundo de los clásicos, su agudeza de buen gusto, la Italia hubiera tenido otro grande hombre: en vez de no tener sino un gran poeta.

No se propuso ningun fin. Un tal Agustín habia continuado con mal éxito la obra de Boyardo: Ariosto escribió sobre el mismo asunto algunos cantos para leer entre amigos, fué elogiado, se dió á conocer á los demas y se conoció á sí propio como poeta, prosiguió su tarea y resultó un poema. Tomó todo de los que le precedieron, hasta los pasajes rápidos y duros (1); y es original suyo el desenlace de algunas intrigas, y principalmente aquel estilo sencillo, trasparente, que, segun confesion de Galileo, le enseñó á dar claridad y gracia á sus escritos filosóficos.

La epopeya debe elegir un asunto que importe á toda la humanidad ó á lo ménos á la nacion. ¿Cuál es el argumento del largo poema de Ariosto? Tres hechos principales y distintos marchan en él de frente: Carlo Magno sitiado en Paris; la locura de Orlando, y los amores de Bradamante y de Roger. Pero el primero es mas bien la preparacion en que pintar; el segundo es un episodio, que empieza cuando ya el poema esta bastante adelantado y concluye antes que este; queda como principal el amor de Bradamante y Roger, inventado para ensalzar la genealogía de los príncipes de Este, de la cual debia fingirse tronco aquella pareja. De suerte que la adulacion constituye el fondo del asunto; adulacion baja tributada á príncipes indignos, que le induce á inventar aquellos Enriques, Azzos y Hugos que jamas han existido sino quizá en la imaginacion de algun genealogista.

Á excepcion del nombre de Carlo Magno, todo allí es falso. El mismo Carlos no era emperador antes de ir á Italia (2); Paris no era entonces ciudad importante, ni la sitiaron nunca los Moros; estos no dominaban en Jerusalem (XV, 99), ni estaba fundado ya el reino de Hungría (II de los V, 128); y además de rechazarse por la historia aquellos reyes moros, es una burla lo del emperador griego Constantino y su hijo Leon, cuya enseña es el águila de oro de dos cabezas (XLV, 69), y que pugnaban por recobrar á Belgrado de manos de los Búlgaros (XLV). ¿Hay figura mas épica que Carlo Magno? Pues en el poema de Ariosto parece uno de los degenerados vástagos de las viejas razas, sin carácter

(1) Sus primeros versos son de Dante; los últimos están traducidos de Virgilio.

(2) En el canto III, 25, Melisa predice que Roger tendrá un hijo, el cual ayudará á Carlos contra los Longobardos.

propio, amigo de no hacer nada, de rodearse del lustre de una corte voluptuosa y de aprovecharse del valor de héroes casi independientes. Uno astuto le engaña groseramente; otro valiente le insulta y queda impune; abandona la espada y el cetro á quien los sabe coger; da órdenes que no son obedecidas; encuentra en discordia á sus paladines y no acierta á ponerlos en paz; necesita de ellos en circunstancias apuradas, y en vez de acudir al llamamiento, se entretiene en decidir con las armas sus cuestiones particulares; solo llega á recobrar el comprometido poder sacrificando su dignidad. De tantos hombres sabios como brillaban en la corte de Carlos, Ariosto no menciona mas que un Alfeo, el cual duerme en el campamento, no se sabe por qué (XVIII, 174). Quiere imitar la pintura que hace Virgilio de Niso y Eurialo, y los traslada en medio de Bárbaros, colocándolos al servicio de señores absolutos, segun describe á los Moros; de manera que la amistad de Cloridano y Medoro viene tan al caso como la libertad con que vagan las mujeres orientales Angélica y Marfisa.

Se dirá que hubiera podido saber fácilmente todas estas cosas; y contesto que por lo mismo es mayor su culpa, pues que vivia en época tan ilustrada, y porque no dedicó su grande ingenio mas que á burlarse del asunto, del lector y de sí mismo. Me admira sobre todo que en medio de tanto esplendor de bellas artes y de ciencias, se apasionase cabalmente de aquellas que ignoraba así en la práctica como en la teórica. Sus palacios son la mas extravagante monstruosidad que puede verse (XLII, 75); las pinturas expresan acciones sucesivas (XXXIII, 21; XXVI, 33): hay allí una fuente *bella y bien entendida*, hecha como un pabellon octágono, cubierto por un cielo de oro *colorido* de esmaltes que sostiene el brazo izquierdo de ocho estatuas, cada una de las cuales tiene en la mano derecha un cuerno de la abundancia por donde sale el agua; además pilastras en forma de mujeres, que fijan el pié en los hombros de dos imágenes, con la boca abierta y largos y extensos escritos en la mano. Conduciendo á Astolfo en su viaje á la luna, Ariosto muestra ignorar los elementos de la cosmogonía (XXXIV): cree aquel astro igual ó poco menor que la tierra y con luz propia, pues dice que desde allí casi no alcanzaba á distinguir la tierra, por carecer de ella. Otros viajeros « dejando atrás á Tolemaida, Berenice y toda el África, y luego el Egipto, la Arabia Desierta y la Feliz, entran en el Mar Eritreo » (I de los V, 89).

Pudiera alguno decir que Ariosto se anticipó á Cervantes en la tarea de desacreditar la caballería; pero en su tiempo se veían aun escenas serias, como los desafíos de Carlos V y Francisco I, y el torneo en que fué muerto Enrique II de Francia. Por otra parte, si en unos pasajes se burla de tal institucion, en otros habla con gravedad acerca de ella; y siempre que nos embriaga de sangre con sus valientes,

pintándonos el degüello de millares de personas desarmadas, sentimos indignacion contra los héroes, como tambien contra el poeta que se rie en medio de matanzas de ochenta á cien mil personas cada dia, en que muchos Cristianos y casi todos los héroes musulmanes sucumben; en que los muertos son tan continuos que el mismo poeta parece fatigarse y exclama: « Pero dejemos por Dios, señor, de hablar mas » de ira y de cantar hechos desastrosos » (XVII, 8); sin embargo, pasa en seguida á cantar mas iras y mas muertos.

Por otra parte, nos ofrece á la vista un mundo completamente falso, entre héroes que se asentan golpes sin herirse jamas, que vagan por espesos bosques, ostentando á pesar de eso el refinamiento de las cortes del siglo XVI; entre mujeres que aman y combaten sucesivamente; entre mágicos y ángeles que alteran unos despues de otros el orden de la naturaleza. Muchos héroes perecen en un canto, y se presentan de nuevo en los siguientes á matar. Angélica, causa de tantas pependencias y vicisitudes, desaparece á la mitad del poema. Esta inerte bella va de Paris al Catay en la China, como el poeta abstraído fué de Módena á Reggio en chinelas; Reinaldo atraviesa los espacios del cielo, y sin embargo no tropieza jamas con artes, oficios, leyes, con nada de lo que constituye la vida de la humanidad, y de que estaba lleno el siglo XVI.

Lleno estaba, en efecto, y no obstante, la infeliz Italia era víctima de las armas extranjeras; la traicion era un derecho; veíase el manto de Pedro desgarrado; amenazaban los Turcos, y las costumbres se corrompian cada vez mas. ¡Qué digno hubiera sido el canto de un poeta que celebrase las virtudes benéficas, el valor bien empleado, excitando á sacrificarse por la patria, por la religion! Siéntese Ariosto arrastrado por un poderoso genio á la poesia; pero ¿qué número le inspira? La adulacion. Este patrimonio de los débiles, aunque habia afeado los escritos de los Griegos en la corte de los Tolomeos, y los de los Latinos en la época de la decadencia, aun no se habia mostrado tan prostituido en las obras de los autores insignes. Virgilio canta los héroes que contribuyeron al desarrollo y sostenimiento de Roma, y de ellos hace proceder la familia Julia; pero no inventa abuelos al nuevo Augusto; y las alabanzas prodigadas á aquellos son, si bien se consideran, alabanzas á Roma; hasta cuando se postra ante el ara de Augusto, que le restituyó su pequeña heredad, le pinta el mal estado de las que daba á los veteranos, y habla del guerrero que usurpaba las tierras labrantías y sucedía á los dueños de los dulces campos. Horacio celebra á Augusto; pero es por que organizó en paz la patria, y no se olvida ni del alma intrépida de Régulo ni del invicto Caton. El mismo Lucano, en tiempo de Neron, celebró las virtudes republicanas.

Pero Ariosto no alaba mas que la casa de Este, « la semilla fecunda que debe honrar á Italia y á todo el mundo; la flor, la alegría de toda

« generacion que haya visto al sol. » Ahora bien, la historia nos dice quiénes fueron el *justo Alfonso, el Hipólito benigno*; ella nos descubre quien fué Lucrecia Borgia, que Ariosto coloca por encima de la Lucrecia romana. Una sola vez se acuerda de que tiene patria para echar en rostro á los Cristianos sus mutuas disensiones y los ataques contra Italia, en vez de rechazar la invasion de los musulmanes. Luego, como uno de esos miserables que solicitan los elogios prodigándolos, en el último canto mezcla con los nombres gloriosos de los contemporáneos otros bajos, tanto que suscitó grandes quejas (1), creyéndose los unos mal calificados y los otros confundidos con la turba ó en indigna compañía: y como acontece á menudo, los encomios que prodigaba le atrajeron amarguras. Lustre insigne de Italia son Colon, América y Cabot; y Ariosto, al hablar del descubrimiento de nuevos mundos, alude únicamente á los Portugueses y los Españoles, lo cual le sirve de pretexto para alabar á Carlos V, « el mas sabio y justo de los » emperadores que han existido y existirán des- » pues de Augusto » (XV, 24).

¡Y si se burlase solo de los hombres! Pero no perdona las cosas sagradas: pone en ridiculo á Dios (XIV, 76), haciendo que expida órdenes pueriles; el Angel, siervo tonto y villano, viéndose engañado y rendido por la discordia, la busca, y « prendiéndola de los cabellos, le da puñadas » y coces sin fin, y en seguida le rompe una » manga de cruz en la cabeza, en la espalda y » en los brazos » (XXVII, 37). Aquel aéreo viaje es una continua impiedad, en que San Juan enseña á Astolfo las Parcas, el tiempo y otras vejezes semejantes, y el Evangelista es comparado con los historiadores que disfrazan la verdad (XXXV, 28). Dios muestra á Moises en el Monte Sinai una yerba, « que el que come de » ella logra que todos le crean » (III de los V, 21): palabras dignas del Aretino.

¡Cuán trivial es la moralidad con que principian los cantos, cuando no es mala! Ora dice que el disimulo es « las mas de las veces re- » prensible (IV); ora que el vencer es siempre » laudable, sea que se venza por el favor de la » fortuna ó por obra del ingenio » (XV). Despues de exhortar á las mujeres á que no presten oído á los amantes, pues éstos en cuanto logran su objeto, vuelven la espalda, se arrepiente de lo dicho, y explica que solo deben huir de los volubles mozalvetes, eligiendo á personas de mediana edad. Por tanto, allí se dan ideas rarísimas del vicio y de la virtud, y aparece como única gloria la fuerza militar; de modo que, en sentir de Ariosto, Roger, Marfisa, y hasta Gradaso, Sacripante y Rodomonte, cuyas crueldades no disculpa siquiera la idea de la defensa, forman una *tropa digna de claro é immortal renombre* (XXVII, 22). *El buen Roger, fuente de virtud*, ama con la volubilidad de un niño. Apenas le ha librado Bradamante, á costa de tantos afanes, del castillo de Atlante, vuela

(1) Maquiavelo se quejó de haber sido olvidado.

á los brazos de Alcina y olvida á *la hermosa dama, objeto de tan grande amor*. No se separa luego de la maga por motivos razonables, como Reinaldo de Armida; sino porque otros encantos la presentan á sus ojos vieja y deforme. Sale del palacio de Alcina perfectamente curado de su pasion, y libra á Angélica del monstruo; pero no considera digno de él arrebatarse la flor, segunda vida de una doncella. ¿Qué vale su cortesía de arrojar en el pozo el escudo encantado, si retiene las otras armas y la espada, encantadas como las de Orlando, y que quitan todo mérito al valor? Abandona hasta su dama para permanecer leal á Agramante; despues, cuando se le encarga el duelo con Reinaldo, duelo que ha de decidir aquella guerra, combate lentamente, procurando defenderse mas bien que alcanzar el triunfo (XXXVIII), debiendo rehusar ó conducirse con su valor acostumbrado. Hermoso es su modo de portarse con Leon; pero se habia dirigido allí con objeto de quitarle la corona, y ser así digno esposo (XLIV): excelente razon de derribar tronos. Y ¿cómo de improviso el magnánimo Leon se envilece al extremo de enviar quien combata por él? Cuando Roger y Bradamante tienen en sus manos al perverso Marganorre, le protegen contra los que querian darle muerte; mas ¿con qué fin? Con el de *hacerle morir de asan, de hambre, de martirio* (XXXVII, 107), Zerbino, ejemplo de virtud, ofendido gravemente por Oderico, y oyendo á este pedirle perdon, parece inclinado á concedérselo, reflexionando que *las culpas que se cometen por amor son excusables*. Figúrase el lector que al cabo va á aplaudir un acto de virtud; pero nada de eso: no le mata, ciertamente; mas es para obligarle á andar un año junto con Gabrina, seguro de que *esto equivalia á presentar á su vista otra fosa, que dificilmente podria evitar* (XXIV).

No me gusta ver á la mujer despojada de sus cualidades naturales para mezclarla en la pelea; pero si tal fantasía sonríe á los poetas, no deben olvidar á lo ménos la cortesía hácia un sexo, cuyo destino es el amor y la piedad. Si los duques de Este tenían seso, les repugnaria por precision descender de una raza en que no solo los hombres, sino tambien las mujeres, ejecutaban atroces muertes. Bradamante, por consejo de Melisa, mata á Pinabello; venganza inútil: pero aunque se suponga justa, segun el derecho de la guerra, ¿es de buena caballería degollarle mientras huye, y cuando solo se defiende con gritos y súplicas (XXIII, 4)? Ella y Marfisa no son crueles únicamente por combatir por el honor de su casa, sino que se complacen en el derramamiento de sangre; y mientras Roger y Reinaldo combaten para la resolucion del gran litigio, Bradamante y Marfisa permanecen aparte, furiosas al verse detenidas por el pacto, y quejándose de no serles posible apoderarse del botin (XXXIX, 10, 11); así, apenas se rompe la tregua, corren al combate y la matanza.